

— ¡Oh! Jesus, no, señor! es una pobrecilla que hemos recogido así, por caridad. Una especie de imbécil, ó idiota. Debe tener agua en la cabeza. Tiene la cabeza gorda, como usted ve. Hacemos por ella lo que podemos, pues no somos ricos. Por más que escribimos á su país, ya hace seis meses que ni nos contestan siquiera. Preciso es creer que su madre ha muerto.

— ¡Ah! dijo el hombre, y volvió á quedarse cavilando.

— Era una... cualquier cosa la madre, añadió la Thénardier; y abandonó aquí á su hija.

Durante esta conversacion, Coseta, como si un instinto la hubiera advertido que se hablaba de ella, no apartaba sus ojos un instante de la Thénardier. Escuchaba vagamente, oyendo acá y acullá alguna que otra palabra.

Entre tanto los bebedores, casi enteramente ebrios, repetían su inmundo estribillo, con duplicada algazara. Era una insolente desenvoltura, del peor gusto, en la cual se hallaban mezclados los nombres de la Virgen y del niño Jesus. La Thénardier habia ido á tomar parte en la fiesta y en las carcajadas. Coseta, debajo de la mesa siempre, estaba mirando á la lumbre, que se reflejaba en sus ojos fijos; se habia puesto de nuevo á mecer y arrullar la especie de muñeca que ella se habia fabricado, y mientras que la mecia, cantaba en voz baja: ¡Mi madre ha muerto! ¡mi madre ha muerto! ¡mi madre ha muerto!

Nuevas insistencias de la mesonera hicieron por fin que el hombre amarillo consintiese en cenar.

— ¿Y qué es lo que quiere este caballero?

— Pan y queso, contestó el hombre.

— No hay duda, es un pobreton, dijo para sí la Thénardier.

Los borrachos continuaban siempre cantando su cancion, y la niña, debajo de la mesa, cantaba tambien la suya.

De repente interrumpió Coseta su canto. Acababa de volverse, y de ver en el suelo, á pocos pasos de la mesa de cocina, la muñeca de las hermanas Thénardier abandonada á causa del gato.

Entónces dejó ella caer el sable fajado en forma de niño, que no la satisfacía sino á medias, y paseó lentamente sus miradas al rededor de la sala. La Thénardier estaba hablando en voz baja con su marido y contando dinero. Ponina y Zelma jugaban con el gato, los viajeros comían ó bebían, ó cantaban, ninguna mirada se hallaba fija en ella. La ocasion era para ella oportuna y favorable. Salió pues de debajo de la mesa, arrastrándose sobre sus rodillas y sobre sus manos, se aseguró de nuevo de que no la observaban, y en seguida se escurrió vivamente hasta la muñeca, y se apoderó de ella. Un momento despues, se hallaba ya en su sitio, sentada, inmóvil, vuelta solamente de manera que quedase oculta en la sombra la muñeca que tenía en brazos. Era para ella tan rara esta dicha de jugar con una muñeca, que tenía toda la violencia de un verdadero deleite.

Nadie la habia visto, á excepcion del viajero que estaba comiendo muy despacio su cena más que frugal.

Esta alegría duró cerca de un cuarto de hora.

Pero por más precauciones que tomó Coseta, no echaba de ver que uno de los piés de la muñeca *asomaba*, y que la lumbre de la chimenea derramaba sobre aquel pié mal cubierto, ó descubierto más bien, una grande claridad. Era el caso que dicen del gato hurtado y las orejas de fuera. Aquí, en vez de las orejas, era aquel pié rosado y luminoso el que salía de la sombra, y fué á encontrarse súbitamente con la mirada de Azelma, que dijo á Ponina: ¡Mira! ¡hermana!

Las dos niñas quedaron en suspenso, como embargadas y estupefactas.



¡Coseta había osado tomar su muñeca!  
Eponina se levantó, y sin soltar el gato, se fué derecha  
hacia su madre y se puso á tirarla de la falda.

— ¡Déjame en paz! dijo la madre. ¿Qué es lo que quieres?

— Madre, dijo la niña, ¡mira allí, mira!

Y señalaba á Coseta con el dedo.

Entregada toda ella á los éxtasis de la posesion, Coseta no veía ni oía ya nada.

El semblante de la Thénardier tomó esa expresion particular compuesta de lo terrible mezclado con las futilidades de la vida, y que ha dado el nombre de megeras á las mujeres de esa especie.

El orgullo herido exasperaba aún más esta vez su ira. Coseta habia traspasado todos los intervalos y todas las distancias, habia atentado á la muñeca de « aquellas señoritas. » Una zarina que viesse á un mougick probándose el gran cordon azul de su imperial hijo, no pondría otra cara.

Con una voz ronca de indignacion gritó :

— ¡Coseta!

Coseta se estremeció como si la tierra hubiera temblado bajo sus piés, y volvió la cara velozmente.

— ¡Coseta! repitió la Thénardier.

Tomó Coseta la muñeca y la colocó muy suavemente en el suelo, con una especie de veneracion mezclada con desesperacion. Entónces, sin apartar la vista de ella, juntó las manos cruzándolas, y lo que es triste decir de una criatura de su edad, se las torció; en seguida, — lo que no habia podido arrancar de ella ninguna de las emociones de aquel dia, ni su expedicion al bosque, ni la pesantez del cubo de agua, ni la pérdida del dinero, ni la vista de las disciplinas, ni áun la palabra sombría que habia oido á la Thénardier, — echó á llorar. Prorumpió en sollozos.

Á este tiempo habíase levantado el viajero.

— ¿Pero qué es eso? dijo á la Thénardier.

— ¿No lo ve usted? contestó la mesonera señalando con el dedo el cuerpo del delito que yacia en tierra á los piés de Coseta.

— ¿Y bien, qué? repuso el hombre.

— Esa miserable, respondió la Thénardier, ¡se ha permitido tocar á la muñeca de las niñas!

— ¡Y tanto ruido por eso! dijo el hombre. Pues bien, y áun cuando jugase con esa muñeca, ¿qué tendría eso de particular?

— ¡La ha tocado con sus manos sucias! prosiguió la Thénardier, ¡con sus horribles manos!

Aquí Coseta redobló sus sollozos.

— ¡Acabarás de callarte! gritó la Thénardier.

El hombre se encaminó á la puerta de la calle, la abrió y salió.

Luégo que hubo salido, la bodegonera se aprovechó de su ausencia para alargar bajo la mesa á Coseta una gran patada que hizo á la niña poner el grito en el cielo.

Volvió á abrirse la puerta, y el hombre reapareció, trayendo en sus manos la muñeca fabulosa de la cual hemos hablado, y que todos los niños del lugar habian contemplado tanto desde por la mañana; y colocándola de pie frente á Coseta, dijo :

— Toma, esta es para ti.

Es de creer que desde más de una hora que estaba él allí, en medio de sus cavilaciones, habia reparado confusamente en aquella tienda de juguetes alumbrada con velas y faroles de color, tan espléndidamente, que se la distinguía por entre las vidrieras de la taberna como una iluminacion.

Coseta alzó los ojos, habia visto al hombre venir hacia ella con aquella magnífica muñeca como habria visto venir al sol, oyó aquellas palabras inauditas : *es para ti*, miró al hombre, miró á la muñeca, y despues, retrocedió lea-



tamente como deslumbrada, y se fué á esconder allá en lo más hondo, debajo de la mesa, en el rincón de la pared.

Ya no lloraba, no gritaba, tenía más bien trazas de no atreverse á respirar.

La Thénardier, Eponina, Azelma eran otras tantas estatuas. Hasta los bebedores se habían quedado suspensos. En toda la taberna habíase hecho un silencio solemne.

Muda y petrificada, la Thénardier recomenzaba sus conjeturas: — ¿Qué especie de hombre será este viejo? ¿es un pobre ó es un millonario? Tal vez es ambas cosas, es decir, un ladrón.

El semblante del marido, del posadero, presentó esa contracción, esa arruga expresiva que acentúa el rostro humano siempre que el instinto dominante aparece en él con toda su fuerza bestial. El tabernero consideraba alternativamente á la muñeca y al viajero; y parecía oler á aquel hombre como habría husmeado y olido un saco de dinero. Apenas duró esta contemplación el tiempo que dura un relámpago. Inmediatamente se acercó á su mujer y la dijo en voz baja:

— Esa máquina cuesta, lo ménos, treinta francos. No hay que hacer tonterías. Es preciso contentar y servir de bruces á este hombre!

Las naturalezas groseras tienen esto de común con las naturalezas cándidas y sencillas, que no conocen las transiciones.

— Ea bien, Coseta, dijo entónces la Thénardier, con una voz que quería ser dulce, pero que se hallaba compuesta de esa miel agria de las mujeres de mala índole, ¿no vienes á tomar tu muñeca?

Coseta se aventuró á salir de su agujero.

— Mi Cosetita, añadió el Thénardier, con tono meliflúo y carñoso, este caballero te regala una muñeca. Cógela, es tuya.

Coseta consideraba la muñeca maravillosa con una especie de terror. Su cara estaba aún inundada de lágrimas, pero sus ojos empezaban á llenarse, como el cielo en el crepúsculo de la mañana, del brillo y de la extraña irradiación de la alegría. Lo que ella experimentaba en aquel momento, era algo parecido á lo que habría sentido si se la hubiera dicho bruscamente: Niña, usted es la reina de Francia.

Se la figuraba que si ella tocaba á aquella muñeca, saldrían rayos y truenos de ella.

Y hasta cierto punto era esto verdad, puesto que decía para sí que la Thénardier la regañaría y la pegaría.

Sin embargo, la atracción prevaleció al fin. Acabó por aproximarse, y tartamudeó tímidamente, dirigiéndose hácia la Thénardier.

— ¿Es que puedo... señora?

Ninguna expresión sería capaz de indicar aquel ademán á la vez desesperado, asombrado y lleno de enajenamiento.

— ¡Pardiez! dijo la Thénardier, sí, es tuya, puesto que el señor te la da.

— ¿Es verdad, señor! añadió Coseta, ¿es eso verdad? ¿es para mí la señora?

El forastero parecía tener los ojos arrasados en llanto. Parecía hallarse en ese momento crítico de la conmoción del ánimo en que no se habla para no llorar. Hizo una seña con la cabeza á Coseta, y puso en su manita una mano de « la señora ».

Retiró Coseta vivamente su mano, como si la de la señora la abrasara, y se puso á mirar hácia el suelo. No es preciso añadir aquí que en aquel momento sacaba ella la lengua de una manera desmesurada. De repente, se volvió y cogió la muñeca con arrebató, con un verdadero transporte de gozo.

— La llamaré Catalina, dijo la niña.

Fué en verdad un momento bien extraño aquel en que



los harapos de Coseta se juntaron y estrecharon con las cintas y las frescas muselinas color de rosa de la espléndida muñeca.

— Señora, dijo la niña á la mesonera, ¿ es que puedo sentarla en una silla?

— Sí, hija mía, respondió la Thénardier.

Ahora eran Eponina y Azelma las que miraban a Coseta con envidia.

Coseta colocó á Catalina sobre una silla, y despues se sentó ella en el suelo frente á la muñeca, permaneciendo inmóvil, sin decir una palabra, en la actitud de la contemplacion.

— Ea, juega, Coseta, dijo el forastero.

— ¡ Oh! ya estoy jugando, respondió la niña.

Aquel forastero, aquel desconocido que parecia ser una visita que la Providencia hacia á Coseta, era en este momento lo que la Thénardier aborrecia más en el mundo. No obstante, estaba obligada á reprimirse. Eran ya estas muchas más emociones de las que ella podia soportar, por más habituada que estuviese al disimulo en virtud de la copia exacta que procuraba ella hacer de su marido en todas sus acciones. Apresuróse á enviar á sus hijas á acostarse, y despues pidió al hombre amarillo, *permiso*, para enviar tambien á Coseta á la cama, — *porque se ha cansado hoy bastante*, añadió la mesonera con tono maternal. Coseta se fué á acostar llevándose á Catalina en brazos.

La Thénardier iba de vez en cuando al otro extremo de la sala donde estaba su hombre, *para descargar el alma*, decia ella; y cambiaba con el marido algunas palabras tanto más furiosas, cuanto que no se atrevia á decirlas en alta voz:

— ¡ Pedazo de animal! ¿ qué diablos tendrá en el cuerpo ese vejete? ¡ venir así á incomodarnos! ¡ querer que juegue ese horror de chica! ¡ darla tan hermosas muñe-

cas! ¡ muñecas de cuarenta francos á un bicho que yo daría de buena gana por cuarenta sueldos! ¡ con poco más, le dirá vuestra majestad como á la duquesa de Berry! ¿ Es que eso tiene acaso sentido comun? ¿ está rabioso, ó es algun loco, ese misterioso viejo?

— ¿ Por qué? Eso es muy sencillo, replicaba el marido. ¡ Si eso la divierte! Á ti, lo que te divierte es que la chiquita trabaje, mientras que á él le gusta más verla jugar. Está en su derecho. Un viajero hace siempre lo que quiere, cuando lo paga. Si ese viejo es un filántropo, ¿ qué se te da á ti de eso? si es un bobo, nada te importa á ti tampoco. En qué te metes tú, puesto que tiene dinero! Lenguaje de amo y razonamiento de posadero, que ni uno ni otro admitian réplica.

El hombre habia vuelto á sentarse apoyándose de codos sobre la mesa y recobrando su actitud pensativa y cavilosa. Todos los demas huéspedes, mercaderes y carreteros, se habian ido dispersando y no cantaban ya. Considerábanle ellos á cierta distancia con una especie de temor respetuoso. Aquel *particular* tan pobremente vestido, que sacaba de su bolsillo las *ruedas traseras* con tanta facilidad, y que prodigaba muñecas gigantes á una chiquita sucia que va en zuecos, era ciertamente algun vejestorio magnifico y temible. Transcurrieron muchas horas; la misa del gallo habia concluido, y tambien se habia acabado de cenar; los hebedores se habian marchado; la taberna estaba cerrada; la sala baja desierta, la lumbre, apagada, y el forastero se hallaba siempre en el mismo sitio y en la misma postura. De vez en cuando cambiaba el codo en el cual se apoyaba; y nada más. Pero desde que Coseta se fué á acostar ya no habia pronunciado ni una sola palabra.

Los Thénardier solos, por miramiento y por curiosidad, habian quedado en la sala.



—¿ Es que va á pasar así la noche? murmuraba la Thénardier. Al oír las dos de la mañana, declaróse ella vencida, y dijo á su marido: — Yo me voy á acostar. Haz tú lo que quieras. — El marido se sentó á una mesa en un rincón, encendió una vela de sebo y se puso á leer el *Courrier français*.

Así transcurrió una hora larga. Tres veces, por lo ménos, habia leído ya el digno posadero su periódico, desde la fecha del número hasta el nombre del impresor. El forastero no se movía.

Thénardier se removía, tosía, escupía, se sonaba, hacía rechinar su silla; sin que nada de esto inmutara á aquel hombre. —¿ Si estará durmiendo? dijo para sí el mesonero. — El hombre no dormía, pero nada podía despertarle.

Por fin se resolvió Thénardier á quitarse su gorra, y acercándose suavemente, se aventuró á decirle:

—¿ Es que este caballero no va á descansar?

*No va á acostarse* le habria parecido á Thénardier excesivo y familiar. *Descansar* era palabra de lujo y de respeto. Palabras de esta naturaleza tienen la propiedad misteriosa y admirable de aumentar á la mañana siguiente el guarismo de la nota que hay que pagar al establecimiento. Un cuarto para *acostarse* cuesta veinte sueldos! un cuarto para *descansar* cuesta veinte francos.

—¡ La verdad! dijo el forastero, tiene usted razón. ¿ Dónde está la caballeriza de la posada?

— Caballero, dijo el Thénardier con una sonrisa, yo voy á conducir á usted.

Tomó él la vela, el hombre recogió su paquete y su bastón, y Thénardier le condujo á una habitación del piso principal, adornada con mucho lujo, toda amueblada de caoba, con una gran cama en forma de barco y cortinas de percal encarnado.

—¿ Qué viene á ser esto? dijo el viajero.

— Esta es nuestra propia cámara de boda, contestó el posadero. Nosotros habitamos otra, mi esposa y yo. Aquí no se entra sino tres ó cuatro veces al año.

— Yo habria preferido la caballeriza, dijo el hombre bruscamente.

El Thénardier no se dió por entendido de esta observación tan poco obsequiosa.

Encendió dos velas de cera enteramente nuevas que estaban sobre la chimenea. Una lumbre bastante buena ardía en el hogar.

Sobre la misma chimenea, veíase bajo un vidrio comado una corona de hilo de plata y flores de azahar.

— Y esto, ¿ qué es? añadió el forastero.

— Señor, contestó el mesonero, este es el tocado de novia de mi mujer.

El viajero miró aquel objeto con una mirada que parecia decir: ¡ Es posible que haya habido un momento en que aquel monstruo fué una virgen!

Por lo demás, Thénardier mentía. Cuando él tomó en arrendamiento aquella casucha para hacer de ella una posada taberna-bodegón, recibió esta habitación guarnecida en la propia forma en que ahora se hallaba, comprando los muebles y chalaneando aquella guirnalda de azahar, con la idea de que todo esto formaría una graciosa sombra para cobijar á « su esposa, » resultando para su casa lo que los ingleses llaman respetabilidad.

Cuando el viajero dió media vuelta, el hostelero habia desaparecido. El Thénardier se eclipsó discretamente, sin atreverse á dar las buenas noches, por temor de tratar con una cordialidad irrespetuosa á un hombre á quien se proponía él desollar á la mañana siguiente de una manera régia.

El posadero se retiró á su cuarto. La mujer estaba



acostada, pero no dormía. Cuando oyó los pasos de su marido, se volvió y le dijo :

— ¿Sabes que mañana planto á Coseta en la calle?  
Thénardier repondió friamente :

— ¡ Qué cosas tienes !

No cambiaron más palabras que estas; y al cabo de algunos instantes, su luz estaba ya apagada.

Por lo que hace al viajero, habia puesto en un rincón su paño y su paquete, y luégo que marchó el posadero, se sentó en un sillón quedando allí pensativo un buen rato. Después se quitó los zapatos, tomó una de las dos velas, apagó la otra, abrió la puerta y salió del cuarto, mirando por todas partes, como quien busca algo. Atravesó un corredor, y llegó á la escalera. Allí oyó un ruido débil, semejante á la respiración de un niño. Dejóse conducir por este ruido, y llegó á una especie de cavidad triangular practicada bajo la escalera, ó por mejor decir formada por la misma escalera. Aquella cavidad no era otra cosa que el espacio que debajo de ellos dejaban los escalones. Allí, entre toda especie de cestos, de tiestos y trastos viejos, en medio del polvo y de las telarañas, habia una cama, si tal nombre puede darse á un jergón todo lleno de agujeros por los cuales se salia la paja, y una manta destrozada hasta dejar ver el jergón por todas partes. Nada de sábanas. Aquel lecho miserable yacia en tierra, y en él estaba durmiendo Coseta.

El hombre se acercó y la consideró.

Coseta dormía profundamente, y se hallaba del todo vestida; pues no solia desnudarse en el invierno, para tener menos frío.

Tenia estrechada contra si y muy abrazada á la muñeca, cuyos grandes ojos abiertos brillaban en la oscuridad. De vez en cuando lanzaba un gran suspiro, como si fuera á despertar, y apretaba casi convulsivamente á la

muñeca entre sus brazos. Junto á la cama no habia otra cosa que uno de sus zuecos.

Allado del zaquizami donde dormía Coseta, una puerta abierta daba entrada á una pieza sombría bastante grande. El forastero entró allí tambien. En el fondo, por entre unas puertas vidrieras, distinguíanse dos camitas gemelas muy blancas. Eran las de Eponina y de Azelma. Detras de estas camas casi desaparecia una cuna de mimbres sin cortinas, en la cual dormía el niño que habia estado llorando toda la noche.

El viajero juzgó que aquella pieza comunicaba sin duda con la de los esposos Thénardier. Ya iba á retirarse cuando sus miradas encontraron la chimenea; una de esas grandes chimeneas de posada en las cuales suele haber generalmente una lumbre muy escasa, cuando hay alguna, y que da frío el verlas en invierno. En aquella no habia lumbre ninguna, ni siquiera ceniza; lo único que habia llamó sin embargo la atención del forastero. Eran dos zapatitos de niña, de muy linda forma y de tamaño desigual; el viajero recordó entónces la graciosa é inmemorial costumbre de los niños, de depositar su calzada en la chimenea la noche de Navidad, con la esperanza de alcanzar algun brillante regalo dejado allí por su buena hada, por su ángel bueno, ó por el Niño Jesus en persona, allá en la hora de las tinieblas. Eponina y Azelma habian tratado de no faltar á esta excelente y previsorá costumbre, poniendo cada cual uno de sus zapatos en la chimenea.

El viajero se inclinó.

La hada generosa, es decir, la madre, habia hecho ya su visita, viéndose relucir dentro de cada zapato una hermosa moneda de diez sueldos enteramente nueva.

Incorporábase el hombre ya é iba á marcharse, cuando distinguió en el fondo, léjos de los dos zapatitos, en el rin-



con más oscuro y sucio del hogar, otro objeto, oscuro también. Le observó de cerca, y reconoció que era un zueco, un asqueroso zueco del palo más grosero y ordinario, medio hecho pedazos, cubierto todo él de ceniza y de lodo seco. Aquel era el zueco de Coseta. Coseta, con esa interesante y amable confianza de la infancia, que puede ser siempre engañada sin que por eso se desaliente jamás, había puesto, ella también, su pobre zueco en la chimenea.

Es en verdad una cosa sublime y tierna á la vez esa esperanza en una criatura que jamás ha conocido otra cosa que la desesperación.

Nada había en aquel zueco.

El forastero se llevó la mano al bolsillo de su chaleco, se inclinó, y depositó en el zueco de Coseta un luis de oro.

En seguida se volvió á su habitación sin hacer sentir sus pasos.

## IX

## THÉNARDIER PONE MANOS Á LA OBRA

En la madrugada del día siguiente, dos horas, á lo menos, antes de amanecer, el posadero, sentado á una mesa, junto á su vela de sebo, en la sala baja de la taberna, se hallaba confeccionando, con una pluma en la mano, la cuenta que había de presentar al viajero de la levita amarilla.

Á su lado se hallaba la mujer, medio inclinada sobre él, y siguiendo su maniobra con la vista. Ni una sola palabra cambiaban entre sí. Por un lado, era una meditación profunda, y por el otro, aquella admiración religiosa con la cual se mira extasiado nacer y desplegarse una maravilla del espíritu humano. Ya se oía cierto ruido en la casa; era la Calandria que estaba barriendo la escalera.

Después de transcurrir un cuarto de hora largo y de haber hecho diferentes borradores y varias raspaduras, Thénardier produjo al fin la siguiente obra maestra de bodegon-posada: